

VISCARRA EN CARTÓN
Cuentos

Este libro tiene una licencia de
Creative Commons

Que puedes hacer con este libro

Puedes, sin permiso previo copiarlo en cualquier formato o medio, reproducir parcial o totalmente sus contenidos, citando la autoría.

Siempre y cuando llegues a un acuerdo con la editorial e incluyas esta nota, puedes comercializar copias de este libro.

Qué no puedes hacer con este libro

No puedes atribuirte su autoría total o parcial. Si citas el libro o utilizas partes de él para realizar una nueva obra, debes citar expresamente tanto al autor como el título y la editorial.

© Viscarra em cartón, 2011

© Editorial Yerba Mala Cartonera 2011.

Proyecto social cultural y comunitario sin fines de lucro.

yerbamalacartonera@gmail.com

<http://yerbamalacartonera.blogspot.com>

Tel. 72262533, 70727847.

Tapa: Fotografía de Miss Kaliansky © 2011

Proyectos análogos: Eloísa Cartonera (Argentina), Sarita Cartonera (Perú), Ediciones la Cartonera (México), Animita Cartonera (Chile), Dulcinéia Catadora (Brasil) y muchos más en casi 20 países.

Impreso en: Imprenta "Magda I" Av. Oquendo 371 Cochabamba Bolivia
Impreso en Bolivia

*Esta publicación ha sido posible gracias al apoyo desinteresado de **Magda Rossi**.*

INDICE

PRESENTACIÓN DEL LIBRO	7
<i>VIRGINIA AYLLÓN</i>	
FUEGO Y SACRIFICIO	10
<i>LUIS K SANABRIA</i>	
SAYAKO DE OSAKA.....	14
<i>JUAN MANUEL CASTELL</i>	
HOT CHOCOLATE.....	25
<i>CARLOS MACEDA</i>	
EL HOMBRE DEL PERIÓDICO.....	29
<i>STANLEY LUCIO ARUQUIPA</i>	
DEL OLVIDADO	35
<i>JORGE CARLOS RUIZ DE LA QUINTANA</i>	
EL PENDEJO	38
<i>SERGIO LEÓN LOZANO</i>	
EL CHORRO DE AGUA	40
<i>FRANKLIN HERRERA ESPINOZA</i>	
BORRACHO NECROLÓGICO	44
<i>DANIEL ESPEJO BLANCO</i>	
IN MEMORIAM	49
<i>JORGE ALANIS LEON</i>	
ALLA DONDE LOS JAILONES HACEN SU FELICIDAD... 	54
<i>DANIEL AVERANGA</i>	

Cuentos

LA PRESENTACIÓN DEL LIBRO (O ALEGORÍA DE LA AMISTAD)

Virginia Ayllón

La fama no cura la soledad, le dije. Sonrió con sorna y tomó un trago mirándome con desdén. De rato en rato el olor de sus pies asomaba a la mesa; un vaho dulzón, tibio y descompuesto. Desde la otra mesa, nos miraba quien había sido destinado a cuidarnos esa noche, un corpulento y enorme personaje que asumía su contundencia desde las dos cicatrices que le cruzaban una mejilla y la frente. ¡Salud!, le dije y el fortachón ni se mosqueó en tanto la mueca que me produjo el acre alcohol debió ponerme más fea que el de las dos cicatrices.

Es un asesino a sueldo, me dijo. Acaba de regresar de un viaje de negocios en algún país del Caribe. Tiene buena fama y nunca le falta dinero. ¿Y siendo famoso se siente solo?, pregunte. Un golpecito amoroso en mi cabeza fue su respuesta. Ya dimos cuenta de dos cubetas de alcohol teñido de rojo cuando comenzó el acto. Mis capacidades de concentración, atención y respeto por el orador hace rato que habían decaído vergonzosamente. Un grito del escritor me sacó de las dulces manos de una Teresa que me acariciaba el pelo mientras ambas cantábamos un vals peruano a todo grito. Nuestro guardián, en cambio, seguía impávido en su silla y con sus dos cicatrices en el mismo lugar. No así como mi atuendo que había sufrido algunos desvaríos en el frenético baile que me enganchó con tres changos de la mesa del fondo. Tú tranquila, aquí puedes hacer lo que quieras, para eso está el que nos cuida, me dijo el escritor en una de las locas vueltas que el paroxismo del baile me imponía.

La tal presentación tenía todos los elementos que hacen digno un acto como ese: un escritor, un comentarista, un libro recién publicado, un trago y el público. Entonces comenzó el acto con la solemnidad que su nombre indica. El escritor me pidió retorne a su mesa, nuestro cuidador se arregló el saco en evidente gesto de que algo importante iba a suceder y de las otras mesas nos llegaban chistes dedicados al escritor. Dale escritorcito, tú puedes. ¿O te has olvidado tu discurso? ¡Présténle uno! Todo ese zafarrancho acabo en seco cuando apareció una sonrisa, una cabellera y dos enormes caderas, tan imponentes como la misma doña que las traía imponiendo un silencio total, no el silencio de la maestra entrando al salón, no el de recibir una infausta noticia. No, este era un silencio parecido al respeto pero superior, un silencio que no había conocido hasta entonces. La doña ingresó con una cubeta de alcohol mezclado con una sustancia verde que vino a parar a nuestra mesa. Que comience, dijo, cuando su humanidad se puso a descansar en la silla cedida por el guardián.

Como en toda presentación el escritor leyó tímidamente al principio y con pasión la

final. A estas alturas y con la doña en la siguiente mesa yo no estaba dispuesta a verter mis malas palabras en tan importante acto. Nunca como entonces sentí que en esa presentación, las cosas debían ser dichas desde un lugar ajeno a la formalidad, a la crítica académica, a la periodística, a la amiguista o a cualquier otra. Un lugar más bien profundo, como negro, como transparente. Un lugar que yo no conocía. En consecuencia guarde mi vergonzoso papelito. Concluida la lectura del escritor, la doña hizo un movimiento adelantado una cadera y trayendo todo su cabello hacia un lado. Todos esperábamos, la mirábamos. Entonces ella profirió exactamente veinte palabras —las conté, las sé de memoria—, diciendo lo único que se podía decir de ese libro y de ese escritor. Es que lo decía desde ese lugar como profundo, como negro, como transparente, un lugar que yo no conozco.

Esa fue la mejor crítica que hayas podido recibir, le dije al escritor al abandonar el antro. Si, lo sé, me dijo, pero igual no cura.

Zigzagueando bajamos la calle, yo de su brazo, llegamos a un portón y procedimos a encarar el otro asunto. ¿Hola? ¿María del Carmen? Soy yo tu amiga, disculpa que te llame tan tarde. ¿Sabes? Nuestro amigo escritor te va a llamar por estos días porque está llegando de un viaje, tu sabes que se ha vuelto famoso y quiere hablarte, así que aténdelo por favor. No María del Carmen, no pienses así de él, ahora tiene plata y sale a cada rato en el periódico, más bien vos vas a ganar, el te va a dar todo, aténdelo no mas pues. ¡Ay hermanita!, pero como pues te vas a meter con ese Miguel si no le llega ni a la canilla a nuestro amigo escritor. Ahora el Miguel tiene plata pero después es un gato caído de catre, en cambio el escritor tiene futuro pues. Ah, ya, no te enojés, ya, ya, adiós.

Bajó la vista a media conversación y lloró, lo abrace y seguimos caminando hasta el primer bar abierto. No hablamos, su llanto nos amaneció y como tantas otras veces, todo terminó en una sarta de chistes obscenos que de verdad me hicieron reír.

La llamada a la Maria del Carmen era hecho consuetudinario como consuetudinarios clientes éramos de varios bares. Las presentaciones de sus libros, entrevistas en los diarios y parecidos asuntos eran también cosa casi diaria. Lo extraño fue esa presentación. Debo ir a una presentación del libro con mi gente, me dijo, y quiero que me acompañes. Antropólogo o estudioso de los antros era él e infamante antropófaga de ese otro mundo me hice ese día al que añoro volver. Comerme y devorar el lugar y su gente, eso quería y eso quiero ahora, que me devoren, que me traguen, tal vez así pueda conocer ese lugar como profundo, como negro, como transparente.

FUEGO Y SACRIFICIOS

Luis K Sanabria

Olía a peluquero, a ese alcohol que se suele rociar sobre la nuca recién trasquilada, que estremece el cuerpo, y hace abrir la tripa. Pero ni estaba en peluquería, ni había peluquero cerca. Había llegado a ese basural después de patayperrear sin rumbo, cuando casualmente me encontré con la Carola, que me llevó para allá so pretexto de echarle algunos tragullos al calor de una hoguera, que algunos miserables poco conocidos habían armado adelantando fogatas sanjuaneras para falsificar algo de calor en tan ásperos climas. El olor a alcohol de peluquero era tan fuerte y agradable, que camuflaba bien el olor a podredumbre y humo del basural. Alumbraba la lumbre sobre la podredumbre.

Entre trago y trago uno nota cuando está empezando a emborracharse. El tiempo se hace más lento, los sonidos menos fuertes —a veces imperceptibles—, las manos tan livianas como un par de globos; y sobre todo que ya no controlas la lengua con facilidad. Como esa noche hacía mucho frío, y yo no estaba hablando mucho que se diga, caí en cuenta de que el alcohol estaba haciendo su efecto porque sentía un fueguito en mis adentros, tenía los cachetes un poco adormecidos, pero sobre todo el inquietante cosquilleo por ahí abajo —entre los pantalones y el forro de periódicos para guardar calor—, por las miradas que ya conozco que me estaba mandando la Carola. Ella es una muchacha tierna, perra callejera por algún tropiezo sentimental que le jodió la vida, para siempre y sin redención. La conocí hace unos meses, una noche que envalentonado por los tragos, hecho al “*Caballero de la noche*”, me presté a defenderla de un grupo de polillas que estaban prontos a profanar su carne fresca; cómo eran changos, y yo por algunos lados tengo fama de sacaputas, no hubo mucho lío: unos cuantos queques, y quitarle el vidrio con que amenazaba el más agresivo. Se fueron corriendo. La Carola entonces, agradecida ofreció invitarme unos tragos en su cuarto, y antes de que estemos tan duros que no podamos reaccionar, se ofreció en sacrificio como muestra de gratitud. Yo, ni corto ni perezoso, asumí mi rol de sacerdote, y la descuarticé con la daga sagrada. Desde entonces la Carola y yo somos muy amigos, aunque han sido pocas las veces que hemos compartido lecho después de eso, supongo que cuestiones de pudor. Sin embargo, con la Carola no hay necesidad, porque por alguna extraña razón nos complementamos a otro nivel. Me atrevo a decir que es nuestra patente necesidad de cariño, de un abrazo más que de un polvo. Su miseria es sinónimo de la mía —aunque ahora no pretendo aburrir a nadie con esa historia ya muy transitada—, a pesar de la más notoria de las contradicciones: ella en la flor de su juventud, y yo en el umbral de la vejez.

Pero esa noche había algo en la mirada de la Carola, que era diferente a lo usual: una voluptuosidad que, como ya les dije, incendiaba los periódicos dentro de mi pantalón, y

yo, a pesar de que soy todo un santo, no me aguantaba el escozor de deseo en mis bajos instintos. Pero la Carola no es cualquier puta, que eso quede claro. Así que por más ganas que ambos hayamos tenido, por alguna razón de pudor de sus días virginales pasados, tenía que haber un pretexto aunque sea mínimo para poder dar rienda suelta a las fricciones térmicas que combinan al amor (o algo parecido) con el calor. Ambos me son extremadamente necesarios. Pero resignado a nada, y antes que mis impulsos impúdicos me lleven a hacer huevadas, decidí abandonar aquel basural, toda esa podredumbre humana y material; para seguir patayperreando por cualquier lado, y por fin resignado y con los huevos fríos irme a dormir a mi cuarto. Me levanté para despedirme de aquel grupo de desconocidos, al verme, la Carola decidió marcharse también para su cuarto. Pero al ver que éramos dos los que nos íbamos, uno de los artistas que allí estaba decidió acompañarnos, dijo que hasta por ahí nomás, que estaba cansado y que buscaría una cabina de cajero automático para torrar —últimamente estos chiquicuartitos de puerta de vidrio y sin candil alguno, se han vuelto los torrantes más populares entre los torranteros.

Le cascamos la caminata, con el artillero que no dejaba de cantar valsecitos peruanos, y la Carola y yo mirándonos de reojo, en silencio y algo nerviosos, porque las ganas de un fruncing épico, lejos de apagarse se habían multiplicado. Al cabo de un rato, tuve que separarme de ellos para buscar un lugar donde echarle la meada que mi vejiga pedía a gritos. Mientras echaba el descomunal chorro, capaz de apagar un incendio, traté de recordar la explicación que me dio un amigo médico sobre por qué carajos orino tanto cuando chupo. No la pude recordar. Volví de lo más tranquilo y relajado después de quitarme de encima tamaña presión, cuando me encuentro con un cuadro parecido a un deja vú: la Carola gritando por ayuda, tratando de sacarse de encima al artista, que guiado por su arrechura, y por el alcohol que le quitó todo dominio de sí mismo, trataba de forzar a la Carola, golpeándola de rato en rato, y tratando de bajarle el buzo. El se encontraba listo, con la paloma al aire, y lista para el ataque. Me apresuré a llegar para salvar el pseudo honor de mi amiga, agarré al artillero de los cabellos y lo separé de ella. Le di una patada en los huevos y luego, para rematar, un quecazo con todo mi indio, en plena jeta del cojudo ese. Cayó al piso perdiendo el conocimiento, con el knock out y la borrachera no sé si se habrá podido levantar al reaccionar, o el frío se encargó de que sea un “*NV*” más, encontrado en posición decúbito dorsal y con la paloma al aire, ahora esperando ansioso su turno para ser mutilado en el anfiteatro de la facultad de medicina. Solo sé, que cuando pasé por ahí a la tarde del día siguiente, ya no estaba.

Fue el momento de catarsis que la Carola y yo esperábamos. Eufórica me aferró a sus brazos, agradeciéndome, besándome, dejándome sin aliento, y estrechando su pubís con mi virilidad, haciendo movimientos de izquierda a derecha. Sin aguantar más nos fuimos a

su cuarto, para consumir una vez más, en ritual sagrado, aquel anhelado sacrificio descuartizado, pasado por fuego y de yapa con una probable muerte; todo en honor a los dioses de la miseria, los excesos, las frustraciones... y la medicina.

SAYAKO DE OSAKA

Juan Manuel Castell Pérez

Solo una vez besé a una japonesa. Fue en una discoteca de Barcelona, hace años, siendo adolescente. Se llamaba Sayako. "Sayako de Osaka, Sayako de Osaka..." me repetía mentalmente mientras intentaba meterle la lengua en la boca. Cada vez que oigo hablar de Osaka vuelve como una cancioncilla: "Sayako de Osaka, Sayako de Osaka..." quizá por eso aún recuerdo su nombre. Qué mal besaba la hija de puta. Besaba como si no quisiera besarme y seguramente es lo que pasaba, seguramente apestaba yo a alcohol y fui brusco y maleducado.

Estaba muy borracho. Recuerdo que venía del Camp Nou. Había visto un partidazo Barcelona-Valencia. El Barça se adelantó con 2 goles de Ronaldo. "El fenómeno", un portento de técnica y potencia, entonces, el mejor futbolista del planeta sin discusión. Luego el Valencia logró empatar, 2 a 2. Pero en el minuto 74, Ronaldo agarró una pelota cerca del medio campo y arrancó como una bestia, imparable, desbordó a la defensa y marcó su tercer gol, el definitivo 3 a 2, uno de los mejores goles que jamás he visto. Partidazo memorable.

Recuerdo también que para engatusar a Sayako le hablé de Chiyonofuji, uno de los más grandes luchadores de sumo de la historia. Podría haberle hablado de Kurosawa o de Ozu (yo iba mucho al cine en aquella época), pero qué se yo, le hablé de sumo, y así me fue, supongo, pero en fin, aquella noche, tras los 3 goles de Ronaldo, besé a una japonesa y nunca más lo he vuelto a hacer.

El 4 de febrero de 2010 el gran yokozuna mongol Asashoryu anunció en rueda de prensa su retirada. Era mi luchador favorito. Parece ser que las autoridades de sumo le presionaron para forzar su retiro anticipadamente después que, un par de semanas antes, le rompiera la nariz a un tipo en un bar a las 4 de la mañana, tras una noche de alcohol celebrando una victoria más del torneo que finalmente acabaría ganando, su último torneo. No era la primera vez que Asashoryu se veía envuelto en algún escándalo que contravenía las estrictas reglas de conducta que deben seguir los rikishi, las autoridades del sumo ya lo tenían en el punto de mira y el hecho de no ser japonés, desde luego no jugaba a su favor. Meses después me casé con Ana.

De viaje de novios fuimos a Japón. Nos divertimos comiendo udon en los restaurantes de comida rápida, entrando a fumar a los locales de pachinko, bebiendo whisky japonés (espléndido) en bares al lado de yakuzas, ¡Sí, vi yakuzas en los bares de Tokio! Tras unos días en Tokio, visitamos Kioto y también Hiroshima. ¡Qué pesadez el museo de la paz de Hiroshima! Craso error por mi parte dejarme convencer por mi mujer. Cuando va a un museo se empeña en verlo entero de seguir el recorrido de principio a fin, de la *a* a la *z*, siguiendo las instrucciones precisas del maldito aparato de audio guía. Mierda de museo. La visita me recordó a un mal programa sensacionalista de televisión, con locuciones que recreaban gritos de víctimas, demandas de auxilio de un niño a su mamá perdida, envuelto en llamas por la ola de fuego que provocó la bomba. Y yo allí escuchando esa basura ante una vitrina que mostraba un uniforme escolar calcinado. Me acerqué a mi mujer y le dije que le esperaba fuera. En la salida encontré un lugar donde sentarme y encenderme un cigarrillo tranquilamente, al lado había una máquina expendedora de bebidas enorme con la cara de Takeshi Kitano anunciando una marca de agua embotellada. Obviamente me compré la botella de "Pocari Sweat" en cuestión. Aparentemente es algo así como agua con una carga de iones. Será parecido, pensé, al ventilador que tengo en mi casa de Barcelona, que le das a un botón y se enciende una luz azul que lo único que hace es tocarte los huevos toda la noche sin dejarte dormir mientras das vueltas en la cama por culpa del calor. Tras haberme ionizado convenientemente y cuando apagaba el tercer cigarrillo apareció mi mujer emocionada por la visita. Acuérdate que cuando volvamos a Tokio tenemos que ir al museo del sumo, le dije.

Yo no sé por qué pero siempre que estoy en un país remoto donde se habla una lengua de la que no tengo ni idea, se me ocurre la brillante idea de que me van a entender mejor si hablo en inglés. Así que allí estaba yo hablando el inglés de Tarzán intentando hacerle entender a aquella anciana de la tienda de regalos del museo del sumo, que no me interesaba ni Hakuho ni Kotooshu ni mucho menos Baruto, que yo quería comprar cualquier cosa relacionada con Asashoryu. "No Asashoryu, no" fue lo que acabó diciendo ella. "Malo Asashoryu, very bad" le dije, ya un poco harto. Ni rastro del gran *Asa* en la tienda ¿tan mal estaba considerado que ni guardaban un muñequito del que había sido el más grande luchador desde Chiyonofuji? ¿Les daba miedo que si seguía en activo un luchador no japonés podría convertirse en el más grande de todos los tiempos? ¡Vámonos! le dije a mi mujer dirigiéndola a la salida.

El 11 de marzo de 2011 fue el día del terremoto. Recuerdo que estaba en casa escuchando la radio. El locutor entrevistaba a gente de Cataluña que vivía en Japón. Se congratulaban de lo bien preparado que estaba el país contra esas catástrofes. Se hablaba de

un centenar de muertos. Eran las primeras horas y del tsunami no se tenía noticia.

Antes de casarnos, un año antes de nuestro viaje a Japón, mi mujer y yo fuimos a Argentina. Ella es argentina.

Era la segunda vez que yo visitaba el país. Cuando en España nos manejábamos en pesetas y allí el peso y el dólar estaban a la par, hice un primer viaje con una novia rosarina que tenía entonces. Solo estuve un par de semanas. Suficientes, presumía yo a mi regreso, cuando a mis amigos les mostraba la página del Clarín donde aparecía mi cara en una foto. Media cara, para ser honestos, más bien la nariz, me diría algún colega socarrón. Media cara, en definitiva, que asomaba entre el hombro de un tipo y los bigotes de Juan Gelman que había vuelto a Buenos Aires, a presentar su libro *Valer la pena*, después de muchos años. De ese primer viaje es el recuerdo que me queda, ese y lo caro que eran los cubatas, que me tomé alguno en el bar Bukowski sin sospechar la clavada y luego me las vi jodidas para pagar la cuenta del hotel cuando me volvía a Barcelona.

Así que la segunda vez que fui a Argentina quise buscar algún acto literario al que asistir, casi como una tradición que me había propuesto inaugurar. Daba la casualidad que el último autor argentino que había descubierto era Washington Cucurto y se me ocurrió que lo mejor que podía hacer era visitar la editorial cartonera que tenía en el barrio de La Boca. Y allí me dirigí al poco de llegar. A Cucurto no lo encontré, me dijeron que andaba por Mendoza presentando su nuevo libro. A quien encontré fue a Agustín (la verdad es que no recuerdo si se llamaba así), un tipo que encolaba los cartones que servían de tapa y luego los pasaba a una muchachita melancólica para que los coloreara. No sé cuantos libros me llevé. Yo decía un autor y Agustín decía otro. Que si Walsh, que si Perlongher, que si Aira que si Fabián Casas, o una antología de jóvenes escritores tucumanos... "¿Y a Víctor Hugo Viscarra lo conocés?" No, le contesté. Y Agustín me explicó que era un vagabundo borracho boliviano y que no me lo podía perder. Pues ponme uno de Viscarra también. Se acercó a una pila de libros y me dejó entre las manos un cartón doblado, con el nombre de una frutería. Lo que pasa es que lo tengo sin colorear, pero tené, lo podés hacer vos mismo, me dijo encarándome hacia la mesa donde había un montón de pinceles en botes de agua y témperas escolares de todos colores. A mi lado la muchachita melancólica me adiestraba. Agarró un libro y me mostró como hacerlo. Primero hay que blanquear el cartón y luego ponés el nombre.

VIS-
CA-
RRA

Así lo escribí, tal como lo hacía ella. Y ahora lo decorás, me dijo. Dibujé cenefas y filigranas de colores chillones alrededor de esas tres sílabas. Me despedí de ellos la mar de contento llevando una bolsa con un montón de libros, de todos, claro, el que más ilusión me hacía era el de un tal Víctor Hugo Viscarra porque lo había hecho yo.

Date Masamune (5 de septiembre de 1567 – 27 de junio de 1636) fue un samurái y daimyō japonés del período Azuchi-Momoyama y comienzos del periodo Edo. Heredero de una poderosa línea de daimyō de la Región Tohoku, fundó la ciudad de Sendai.

Excelente táctico militar, era identificado popularmente por la falta de un ojo, llamándosele comúnmente "Dragón de un solo ojo" fuente: Wikipedia

Era una mañana soleada. No tenía que trabajar. Quizá intentaba escribir un poema o a lo mejor sólo me paseaba por casa escuchando rock and roll y bebiendo cerveza. Me encanta beber cerveza por la mañana. ¿Qué es esa mariconada de beber solo de noche? Sonó la musiquita del Nokia. A lo mejor es que estaba un poco achispado pero cuando contesté el teléfono la voz del otro lado me fascinó. Era una voz de mujer, sería por el acento, un acento andaluz alegre y resplandeciente, acorde con el sol que entraba por el balcón, pero sobretodo sería por el tono de entusiasmo agradecido. La femenina voz quería corroborar mi nombre y mi dirección. Sí, es correcto, dije, ese soy yo y esa es mi dirección y sí, el libro que he pedido en su página web es *Borracho estaba, pero me acuerdo*, de Víctor Hugo Viscarra. Esa alegre voz, pues, me llamaba de Sevilla, de Mono Azul editores, que habían publicado el libro en España.

Días después llegó el paquete a casa. Bonita edición. Hojeé el libro, pero rápidamente hubo algo que captó mi atención. A lo mejor era otra mañana de esas de cerveza, pero hubo algo que me volvió loco. El remitente del libro. La dirección era: Calle Hasekura Tsunenaga, 55 · 41100 · Coria del Río · SEVILLA · ESPAÑA

El libro venía, claro, de la editorial Mono Azul, lo que yo no sabía era que estaban en un pueblo sevillano, Coria del Río, muy cerca de donde nació mi madre. Pero lo que me dejó absorto fue el nombre de la calle. Calle Hasekura Tsunenaga, ¡qué pasada!, qué nombre para una calle de un pueblecito de Sevilla. Sí, me imagino que era la cerveza, pero ese nombre me volvió loco. Acto seguido hice una búsqueda en Google.

Hasekura Tsunenaga fue un samurái japonés, que siguiendo las órdenes del soberano de Sendai, el señor feudal Date Masamune, se embarcó en un viaje diplomático a México, España y El Vaticano. Habiéndose convertido al cristianismo visitó tanto al rey de

España, Felipe III, como posteriormente al Papa. Fue el primer diplomático japonés en visitar América. De vuelta en España, cuando preparaban su regreso a Japón vía México, parte del séquito decidió quedarse, estableciéndose en Coria del Río, de ahí que muchos de sus habitantes hoy en día se apelliden Japón.

El 11 de marzo de 2011 cuando dejé de escuchar el programa de radio, nada decían del tsunami. Más tarde por la tele y en internet pude ver las imágenes de la ola de barro devorando la costa de Sendai, la ciudad que fundó el “dragón de un solo ojo”, la costa que vio partir a Tsunenaga.

Zatoichi de Takeshi Kitano. Samurái como Tsunenaga, vagabundo como Viscarra, jugador como yo. Nunca entendí esa mandanga japonesa del pachinko. Lo mío es la ruleta, no en vano, trabajé unos cuantos años como crupier. Así como el ciego Zatoichi intenta adivinar como caen los dados por su sonido yo intento adivinar donde caerá la bolita con cálculos cabalísticos (una manera, absurda, como cualquier otra, de apostar). La verdad, es que gano más veces de lo que cabría esperar. Lo celebro bebiendo, invitando a la gente a tragos, que generalmente me rechazan. Y veo como se me acercan las chinas que pueblan los casinos de España y parte del extranjero. Me recomiendan a gritos números a los que jugar, con la esperanza que salgan para llevarse una propina del premio. Y si no toca, se acaramelan y te clavan las tetas en la espalda y así, a lo mejor, se llevan la propina sin que el azar se inmiscuya. Mi gran momento de gloria fue durante unas vacaciones en Estoril, jugando entre dos ruletas, no había una sola bola que no acertase. El jefe de sala del casino me miraba alucinado mientras apilaba torres de fichas en el tapete a los números que irremediamente salían. Fue de locos. A la mañana siguiente desperté con la sensación de ser el rey del mundo. ¿Quién dijo vacaciones en Portugal? Me despedí de la pensión lisboeta donde me alojaba y paré un taxi al aeropuerto. Vagabundeo de lujo. El mayor placer de la vida. Probablemente haya alguien que se haya bebido más caipirinhas en Salvador de Bahía en una semana, pero me cuesta creer que nadie haya pagado tantas como pagué yo en aquellos días que pasé allí. Aquellas mulatas estaban sedientas.

Otras veces, claro está, pierdo, y pierdo mal. En Torreldones, Madrid, no acertaba una. Cuando se me acababan las fichas y me iba de la mesa para sacar más pasta del cajero, salía el número que llevaba jugando una y otra vez. Agoté el límite de la tarjeta de crédito. Me desquicié, acabé gastando hasta lo que tenía reservado para el taxi de regreso al hotel. Y no se ve nada, en esas noches sin luna, caminando por el estrecho arcén de la carretera. Pasa un coche y me aparto como puedo, me enredo con la maleza que se enraíza en el asfalto, me tambaleo borracho perdido y caigo en un socavón. Me pongo a reír a carcajadas. Quizá debiera quedarme ahí tumbado, en medio de la nada y esperar a que amanezca fumando un cigarrillo. En ese momento todo me importa un carajo, qué más da. Otra

manera de sentirse el rey del mundo. Asashoryu significa “dragón azul del alba” pues eso, a esperar al dragón.

En otra imagen vi un coche que abandonaba la carretera y aceleraba con todo lo que daba el motor, arrojándose a los arrozales, intentando huir en perpendicular de la muerte, campo atraviesa. La ola negra le perseguía. Si logró salvarse no lo cuentan las imágenes.

Ahora vivo en Madrid, acabo de trasladarme. Cuestión del trabajo de mi mujer. Por las mañanas suelo salir a pasear. Cruzo el Puente de Toledo y voy subiendo hasta el centro. Deambulo por las calles, rebusco en las librerías de lance, pero siempre acabo asomándome a la Plaza Mayor. Como hoy, que estoy sentado en la terraza de un bar escribiendo estas líneas. Al lado de la cerveza tengo el libro de Viscarra. Y enfrente, en medio de la plaza, la estatua ecuestre de Felipe III.

¡Ay, Hasekura Tsunenaga! ¿Por qué no le cortaste la cabeza con tu katana cuando lo tuviste en frente? Está bien, en Coria del Río no habría una calle con tu nombre, dices. A lo mejor el pueblo no sería lo que es si tus paisanos no se hubieran quedado allí. A lo mejor ni la editorial Mono Azul hubiera existido, y no hubiera existido el libro que tengo delante. ¿Y el libro cartonero? No me negarás amigo Hasekura, que ese sí que seguiría existiendo... que igual yo hubiera leído a Viscarra, y sentiría añoranza de no haberle acompañado por los lupanares paceños, de no habérmelo llevado de excursión al lago Uru Uru a pescar el pejerrey y emborracharnos en una barca ¡Camarero, otra cerveza! Me mira mal el camarero.

Llevo la camiseta del Barça puesta y se ha dado cuenta que no soy un turista despistado. ¿Y tu señor, Hasekura?.

Ese Masamune que fundó Sendai, ¿me tendré que sentir culpable si la central atómica de Fukushima explota después de haber menospreciado los juguetes rotos de las víctimas de Hiroshima? No, no, no te equivoques, no estoy borracho. ¡Claro que tiene sentido! A ti lo que te jode es que Asashoryu fuera mongol, que te daba mil patadas como guerrero y que ese sí que se hubiera cargado a Felipe III de una hostia.

El 26 de octubre de 1996 Ronaldo marcó los 3 goles en la victoria del Barça contra el Valencia. El árbitro de aquel partido fue José Japón Sevilla, del colegio andaluz. Aquella noche besé a Sayako de Osaka. Fue la única vez que besé a una japonesa.

HOT CHOCOLATE

Carlos Alberto Maceda Vargas

*I believe in miracles
Where you from?
You sexy thing
I believe in miracles
Since you came along
You sexy thing*

Hot Chocolate – You sexy thing

Abro los ojos confundido. Mis pantalones yacen arrugados y sucios encima del televisor y mis zapatos aparecen húmedos y melosos cerca de mi bacín con orín turbio y espeso. ‘Algún día haré algo bueno de mi vida’, mascullo con poca determinación, es lo que siempre hago cuando despierto a media tarde en mi iluminada habitación y tengo el estómago revuelto y la ojeras secándome la piel de la cara después de una alborotada noche de flagelo y sudoración excesiva. Recuerdo que anoche bailé sobre un parlante, trastabillé, hice caer estrepitosamente mi vaso de whisky y mi hombre me haló de los cabellos y me exigió moderación. ‘No eres una bailarina de ballet, putazo, tu deber es bailar con las chicas, toquetearlas y hacerles sentir especial’. Asentí entre iracundo e insatisfecho y pedí una canción grupera para bailar apretadito con la cumpleañera, una señora gordita, chapoza y de risa estridente.

“Apriétame las nalgas, papi”, me dijo y, no sin antes chantarme medio vaso de chufly para desinhibirme aún más, le pase la lengua por el cuello, escurrí mis dedos por debajo de su falda y enterré mis dedos en la hendidura de sus nalgas. Tremendo el olor a naftalina que se quedó impregnado en mis dedos (que se trataba de una cremita que la doña usaba debido a una reciente intervención de blanqueo de colón a la que se había sometido).

“¿Qué acaso quieres que nos vayamos tan temprano, anchona mal parida? Tengo preparada toda la tanda de canciones que sé que le agradarán a estas viejas ranflas”, me dijo mi hombre encendiendo su octavo cigarrillo de la noche mientras se arreglaba la abundante, larga y opaca cabellera exhibiendo con descaro el enorme anillo de oro que llevaba en el dedo anular de su mano izquierda. “Ya le di la lista al chupa pijas del DJ. Acuérdate que cerramos el show con Hot Chocolate, como en la película. Cuidado te olvides, ¡sino te parto el ojete!”.

“¡No me hagas enojar, campeón! No arruines mis planes. Esta noche, después del trabajo, tengo pensada una sesión de masaje, sólo para tú y yo y después qué te parece si

vemos nuevamente Benjamín Button comiendo galletas de agua con red bull y carnes frías de pavo ahumado”.

La gula era el pecado capital que disfrutaba el señor, y no sólo eso: el placer se incrementaba cuando me tenía en ropa interior comiendo fiambre y tomando bebida energizante mientras él se frotaba la entrepierna lascivamente al ver cómo un viejo Benjamín Button vomitaba después de su primera experiencia con el alcohol.

“No quiero bailar desnudo más de tres canciones, casi agarro una neumonía la anterior semana”, argumente muy serio.

“El riesgo de morir por hipotermia es mínimo cuando tienes tres chuflays, un fernet y dos whiskys en la panza, mi amor, así que apúrate en exigirles agüita a las pendejas que yo también me estoy secando”, dijo el sujeto guiñándome un ojo mientras me pasaba una mano por mis mullidas y blancas nalgas.

Ya después de unas cuatro canciones disco, dos intentos fallidos de erección imprudente y haber sido fotografiado introduciendo mi lengua en la boca de una señorita especialmente excéntrica, morena y de mal aliento fue que decidí pasearme sin calzoncillo al son de Hot Chocolate por la pista de la discoteca.

“¡La que me atrape se gana un baile privado!”, dije iniciando un trotecito que puso exageradamente contento a mi hombre que sonreía demencialmente mientras una mujer de unos 45 años me tomaba de la mano y me llevaba a una esquina del boliche para observar con cautela, detenimiento y deleite mis célebres zonas erógenas.

Pasados tres cuartos de hora, ya cuando el horario del contrato de trabajo culminó, me encontré muy ebrio en la barra del local. Ya las damas, mis clientas, habían empezado a bailar entre ellas, a beber, a gritar y reír como decrepitas ante mi mirada melancólica y vacía. Me acerqué como unas tres veces en pos de algún tipo de convivencia con las mujeres... mas ellas ya no deseaban tenerme cerca, aún cuando les ofrecí mi compañía y demás agasajo sin efectuar ningún cobro... no desearon tenerme con ellas.

“Salud”, fue lo que me dijo con sequedad la más joven y amable apartándome con su codo mientras flirteaba con un sujeto de buen porte, agradable y con futuro que se encontraba en una mesa cercana bebiendo solo.

Abatido, con la tripa abierta y el espíritu desnudo elevé la mirada y encontré los ojos de mi hombre que me dirigía una sonrisa de lástima. Al parecer espectaba con diversión mi búsqueda infructuosa de aceptación.

“Nos espera Benjamín y mucha mayonesa untada en fiambre, arrastrada de mierda”, me dijo el señor mientras se humedecía los labios macabramente. “Con suerte te dejare karaokear, siempre y cuando no rechines los dientes a cada rato como la otra vez,

arrechona”, terminó por decir el hombre emocionado frotándose las manos.

“Como tú digas, sabes que siempre se acata tu voluntad, papá”.

EL HOMBRE DEL PERIÓDICO

Stanley Lucio Aruquipa Aceñas

Una macana es ser pobre, todo es difícil, peor cuando eres el hijo mayor de una familia con hartos hermanitos. Un día mi papá le dijo a mi mamá que iba a un trabajo que su compadre le había ofrecido en Cochabamba, mi mamá estaba esperando familia. Luego de seis meses mi hermanita nació y mi papá no llegaba, mi mamá lloraba casi todas las noches, y como todos vivimos en el mismo cuartito, la escuchaba y me daba harta pena que esté tan triste. Pero ahora aunque no ha regresado mi papá, mi mamá ya no llora, ahora la única que llora es mi hermanita, como es chiquitita todo el día llora, y perjudica, porque a mi mamá le han botado del lugarcito que tenía en el mercado porque dice que la cuñada de la maestra mayor necesitaba puesto. Ahora tiene que ambular con sus cositas para vender por la Buenos Aires, la Max Paredes y la Tumusla, y si se queda un rato en sólo lugar las vendedoras bien feo le riñen. Mi mamá no sabe que hacer porque casi no hay venta. Para colmo de males, mis hermanitos gemelos, que son mis menores, ya están entrando a la escuela y necesitamos plata.

Yaps, no había otra solución, hemos tenido nomas que comprar una cajita de lustrar, así por lo menos algo le voy a poder ayudar a mi mamá. Ella se esfuerza mucho, a veces va a ayudar a las comideras, o se presta plata de las vecinas si falta para comer, y yo ya no quiero que le griten desde la calle una vergüenza cuando no les puede pagar, como si ella nunca les hubiera ayudado a ellas. Pero mi cajita no es nueva, nos ha vendido la señora de la tienda de la esquina, dice que una noche le han dejado de prenda por una t'allpa, y que el joven que le ha dejado nunca ha recogido, así que tiene algunas cositas adentro, pero igual nomas mi mamá ha tenido que romper su pantalón de mi papá para hacer trapos. Mi mamá dice que ahora que voy a trabajar no me tengo que juntar con los viejos, ni con esos k'olitos que lustran zapatos, por eso este año me ha cambiado de turno en el colegio, para que trabaje en la mañana, vaya al colegio en la tarde y le ayude a llevar las cosas a nuestro cuarto por las noches.

Bien tempranito tengo que levantarme para ir a lustrar, por que desde las siete de la

mañana los caballeros caminan por la Alonso de Mendoza, por la Pérez y por el Prado bien apurados, me tengo que rogar para que se dejen lustrar, la mayoría no me hace caso, pero hay señores bien buenos que me dan cincuenta centavos y no me piden su cambio. Ah, pero nunca faltan los viejos malos que cuando les termino de lustrar se suben al minibús al vuelo y no me pagan, o que me dicen que les he lustrado mal y se van enojados, y los pacos a parte de molestar, siempre se hacen lustrar gratis.

Una vez un señor con acento de camba me ha preguntado que porque me tapaba mi cara, ha dicho que yo estaba trabajando honestamente y no tenía por qué cubrirme mi rostro, yo le he explicado que me daba vergüenza, y que mis compañeros de colegio se burlan y que tampoco quería que me vean sus amigas de mi mamá, pero no me ha entendido. Bien difícil es, aquí tienes que tener amigos porque los otros lustracachos se enojan si lustras donde es su lugar de ellos, y otros te pegan, me dan miedo los que se k'olean porque a veces te quieren quitar tu plata. Un día mis amigos lustrabotas me han dicho “chachate del colegio y vamos ir al bosque a volar”, pero yo les he dicho no, porque tenía que ir al colegio. Si un día me chacho del colegio estoy fregado, porque nadie me quiere copiar, sus mamás de mis compañeros no me dejan ir a sus casas a prestarme tarea porque dicen que como soy lustrabotas me junto los k'olos y con borrachos y que yo soy mala influencia.

En las mañanas hace harto frío, y aun así hay mucha gente aquí en el centro, hay vendedoras, rateros, k'olitos, borrachitos, pero hay un borrachito que es bien raro, aunque su ropa es igual de thantha que de los otros borrachitos y su cara siempre esta quemado por el sol, cuando sale el periodiquero se para al lado de los periódicos, y se queda ahí leyendo largo rato. O sino, cuando los otros borrachitos están durmiendo en la jardinera detrás de las floristas de la Pérez, ahí donde venden libros usados, él se pone a charlar con algunos vendedores, y largo rato charlan mientras él hojea sus libros de los vendedores. Un par de veces le he visto comprar libros usados, pero unos días después igual nomas vendía los libros, yo creo que para su trago debe ser esa plata.

A este señor, al borrachito, siempre lo veo aunque yo no esté lustrando. Con mi familia nos hemos cambiado de casa hartas veces, nos botan porque los dueños de casa a mi mamá le dicen que no paga a tiempo. Y cuando eso pasa, con mi mamá tenemos que ir a buscar cuarto cerca de la garita, ya hemos vivido en hartos lugares pero siempre vivimos; o en la zona cementerio, en la zona 14 de septiembre (así se había llamado la zona garita, yo no sabía) o en la Chijini que es un poco arriba y cuesta llegar a pie en la noche con sus cosas de mi mamá. Pero en todas esas zonas le veo a ese señor, caminando despacio en las mañanas y rápido en las noches, debe ser por el frío, siempre está por esos bares feos donde a veces iba mi papá, o en las plazas tomando y cantando valeses antiguos con sus amigos borrachitos. De vez en cuando lo veo sano, pero eso es rara vez. Y aunque siempre camina

calmado y no molesta a nadie, la gente feo le mira, parece que él ya se ha acostumbrado porque no le importa. A mí no me da miedo. Un día, cuando ya me estaba yendo a alistar para ir al colegio, me he comprado un helado barquillo y me he sentado en mi banquito a terminar mi helado, ese señor ha pasado por mi lado y me ha frotado la cabeza y le ha dicho a su amigo “este changuito bien trabajador es” y se ha ido charlando con su amigo.

La otra vez me ha ido bien toda la semana, he lustrado hartos zapatos, y he tenido que comprar crema tres veces, bien feliz estaba porque como el día de la madre estaba cerca, yo me he puesto a ahorrar plata aparte de lo que le daba a mi mamá, me estaba ahorrando para comprárselo a mi mamá por lo menos una pollera, porque la que tiene está bien rotito y qaqarata. He debido ahorrar unos cien o ciento veinte pesos, todo en mi cajita. Cada vez que llegaba a diez pesos o a veinte pesos le iba a cambiar sueltos a mi amigo que es serrucho, y me ganaba cincuenta centavos. Ese sábado, cuando he pasado los cien Bolivianos bien hartos me he alegrado, porque mi mamá nunca se compra nada para ella. Así que para redondear los centavos hasta tarde me he quedado dando vueltas y molestando a los caballeros. A las nueve cuando ya me estaba subiendo al cuarto con la plata en la cajita, me he dado cuenta que me estaba siguiendo un hombre, más rápido he caminado. Ese momento me he acordado que mi mamá una vez me ha dicho "nos vas a manejar mucha plata, el ratero huele el dinero de la gente", yo no creía, pero después de dar dos vueltas a la cuadra me he dado cuenta que a mí siempre me estaba siguiendo, y cuando he empezado a correr se ha dado cuenta y ha corrido igual. Más allasitos me ha agarrado nomas, y me ha dicho "dame tu plata lloqalla" yo le he dicho que no tenía plata, he agarrado bien fuerte mi cajita y me he puesto a llorar.

El ratero me ha dado un cocacho y mi cajita ha halado bien fuerte, yo le he gritado “¡deja mi caja!”, la gente me ha visto llorar y nadie me ha ayudado. Cuando ya estaba por soltar mi caja, a lo así nomas ha llegado ese borrachito, el que me ha tocado la cabeza esa vez, y le ha gritado al ratero: “¡dejale carajo!” cuando me ha soltado el ratero el borrachito le ha empujado y de nuevo le ha gritado “¡bueno eres pa’ joder a los lustras noves mierda! Pero cuando te encuentras con migo *así* se te hace tu culo, mejor haste pepa antes de que te saque tu puta como el ch'askas" y el ratero bien calladito se ha ido.

Después, el borrachito me ha dicho que no llore, y me ha dicho que me iba a acompañar hasta por ahí. Cuando estábamos subiendo para hacer charla me ha dicho “mira, tu zapato tiene hambre” y yo le he dicho que don Julio, el zapatero, me lo iba a remendar, mientras miraba su nariz chueca. Luego me ha preguntado “¿su hijo de la qhatera de la Max Paredes eres nove?” yo le he dicho que ya no vendía ahí y él me ha dicho “así siempre a los más pobres abusa la gente”. Luego he visto en su bolsillo un cuaderno bien viejito, se parecía a mis cuadernos cuadriculados que tenían tabla de multiplicar en la tapa de atrás, le he preguntado qué era y él me ha dicho que ahí anotaba todo lo que pensaba y lo que veía

pero que mucho hacia perder sus cuadernos. Y me ha preguntado “¿quieres ver?” yo le he dicho que sí, lo ha sacado de su bolsillo y lo ha abierto, algunas hojas estaban bien sucias pero su letra era como de mi profesora. Luego me ha dicho “mira, he escrito de vos” y me ha contado que había escrito que una vez me había visto en la mañana bajar corriendo por la acera del tránsito cerca del Prado, y que me había visto sentarme en mi banquito en la puerta del Colegio Sagrados Corazones esperando que lleguen los niños con sus uniformes nuevitos y sus papás de la mano, y que yo les preguntaba a los niños y a los mayores “¿te lustro jefe? ¿te lustro jefe?”, y que ahí se había dado cuenta que yo era bien pegueador. Antes de irse me ha agarrado del hombro y me ha dicho “Tienes que seguir trabajando chango, y tienes que estudiar, porque la gente ni un plato de comida nunca te va a alcanzar, has visto, ni se han mosqueado cuando te estaban robando” yo le he agradecido pero me había olvidado preguntarle su nombre, ya no lo he visto últimamente.

Ahora ya han pasado seis años de eso, las cosas han mejorado mucho en mi casa y en el colegio. A comienzos del mes que viene voy a cumplir catorce años, y mientras subo a mi colegio con prisa me quedo un momento a ver los periódicos, usualmente no me detendría a leer los periódicos pero al pasar por el puesto de periódicos de la San Francisco algo llama mi atención en una de las páginas que está colgada, al hombre de la foto yo lo conozco. El periódico *dice* que su nombre fue Víctor Hugo Viscarra, y que murió.

DEL OLVIDADO

Jorge Carlos Ruiz De la Quintana

De borracho nada siempre me acuerdo de como soy cuando no estoy duro, y de sano desconozco lo que ha hecho ése que era yo cuando no estaba tan así. Te parecerá un enredo y lo es. Ya estoy emputado de todo esto. Imagínate, qué gracia puede tener farrear y no estar allí para decir: ¡salud! O sea, uno si está pero es ése que yo mismo no sé dónde se ha venido y se dedica a chupar por su cuenta sin avisarme.

Ya te he dicho que no tengo ni idea cómo es que pasa, simplemente estoy allí y después de la segunda botella más o menos ya no. Me despierto y me pregunto cómo he hecho para llegar a donde he amanecido. Tu piloto automático debe ser hermanito, me dicen. Feliz has tomado y nos has recogido a todos. ¡Nunca me han cargado! ¿Puedes creer? Yo no entiendo, pero creo que es verdad eso de que alguien puede ser otro además de uno mismo. Desde que me has contado esa historia del tal Segismundo he estado pensando que capaz

me he enfermado de lo mismo. Pienso... si fuera rey al menos, un pepino me importaría amanecer todos los días en la cana y que me azoten cinco pacos con trapo mojado. Pero soy el mismo cojudo no más...

Eso me da rabia, porque vos entiendes que se toma para olvidar un poquito esa vida que a uno le duele. Mirá como es tan grande ahora mi desgracia. El borracho que soy ha decidido olvidarme y hacer la vida por su cuenta, sólo que se está aprovechando de mí el gran puta. Lo peor es que me necesita pues hermano, sino ¿cómo existiría? Sabe cómo me gustan los tragos y el t'irillo, lo tremendo es que yo me chupo y él solito se lo disfruta.

He pensado mucho y sacando cálculos no es tan tan grave, porque de alguna forma uno de los dos bebe gratis. Lo jodido son todas esas huevadas que hago cuando ya no estoy y me quedo. Con los amigos no hay problema, no obstante con las ñatas, eso sí es terrible. Al día siguiente me reclaman y yo les digo que no me acuerdo, entonces me gozan o me acusan según la ocasión. Últimamente le he estado echando los perros a la Vivi, como soy medio monomaniaco me consigo un teléfono y le llamo a las tres de la mañana. Haremos el amor pues mamita. Para eso nomás me llamas, dejate de huevadas carajo. Pero si yo te quiero. Callate cojudo y llamame de sano. Sin embargo así es cuando me va bien. Porque cuando ando cagado le marco a la Calixta y eso ya es cosa seria.

El Lucho siempre me avisa y como es un buen tipo se ríe conmigo a solas, mientras con los demás cuates todos nos hacemos a los cojudos porque cada uno hace sus cagadas. Lo triste es que tengo que estar preguntado: ¿Luchito y ahora que ha pasado? Dice que le debo cincuenta lucas de crédito al Poncho. ¡Qué se joda! Está forrado en plata ese cabrón.

Lo que más me está haciendo preocupar es que he pensado en ya no tomar para no darle gusto al mí mismo que me tiene olvidando. Al día siguiente ¿quién es el que sufre un ch'aki de mierda? ¿A quién lo corretea la perseguidora? ¡A mí pues carajo, es a mí! Ayayay... ¡Salud papacho! Te acuerdas de esa cueca va más o menos así: *“dicen que la muerte causa el olvido, he de morir borracho hecho pedazos loco de amor...” lai-laray-lay-larai-lay-lai-laray-lay-lay loco de amor...* ¿Será que estoy muerto? ¡Uta qué jodido!

Víctor Hugo, papito campeón, te ruego anotes todo esto en tu cuadernito para que le digas. Si no es por la amistad que tenemos, aunque sea por las lágrimas que estás viendo caer en mi copa. En cualquier ratito me voy a perder y ése infeliz te va estar charlando de lo lindo, mientras yo me he de estar bien olvidado. Sin embargo no le desprecies, porque al final de cuentas soy yo. Eso sí, anotámelo también lo que dice, capaz no es tan hijo de puta y se acuerda de mi mientras están chupando; así como yo me acuerdo de él.

EL PENDEJO

Sergio León Lozano

- Caminaba de aquí a La Paz, bebía los soldaditos, era todo un pendejo.
- Nada que ver, era uno más de nosotros – Respondió.
- ¿Así tirados al pedo todo el día? - Interpeló otro.
- No era como nosotros ¡Era un pendejo!
- ¿Por qué dices eso? ¿Por tomar soldaditos? Si ayer nos dimos un trago ¿Entonces nosotros también somos pendejos? Además ¿Por qué la defensa?
- ¡Cállate! Era un pendejo y punto.
- Cállense los dos cabrones y nos serviremos. ¡La bebida se hizo para tomar y no para ver!
– Golpeó la copa en la mesa.
- ¡Ah! cojudo seguro tu también sabes de él, porque decía lo mismo.
- ¡Ya estás jodido che! ¿Qué tanto piensas en él? ¿Era tu macho? ¿Lo extrañas? ¿Qué tienes? Nos quisiste contar a cada rato su vida.

Hugo quedó callado mirando la copa, mientras que los otros brindaban y bebían de un sorbo y se miraban entre sí:

- Este cojudo creo que está enamorado ¿no?
- ¿De ese pendejo que dice?
- Seguro se lo ha montado – Le murmura y ríen en silencio.
- ¡Cállense cojudos! – Hugo golpea a la mesa y los otros ríen a carcajadas – ¡A ese pendejo lo admiro! Hace tiempo le lustré sus zapatos descachados y le ofrecí un pomito, el pendejo no aceptó, me pagó los veinte centavos y se fue. Me dije a mí mismo. ¡Qué cabrón este, me rechaza y no sabe quien soy!
- ¿Le quisiste dar un chutazo?
- No, no pude, le seguí hasta cierto lugar, más o menos ahí por la calle Lanza, Brasil y esos alrededores, noté que todos le saludaban y me dio miedo hacerlo. Entró por una puertita, adentro un galpón con varios borrachos bebiendo, él se sentó en un rincón y golpeó la mesa, una señora con un mandil sucio se acercó y le trajo un balde, creí que era de chicha, guarapo o algo así, pero no, era de agua; la señora volvió con una lata de alcohol caimán y lo echó al balde, luego lo batió con su dedo y le alcanzó una taza de plástico; el pendejo lo llenó y lo secó de un tiro y así sucesivamente terminó unos tres baldes. Me cansé de mirarlo y me fui; pero volví cuatro días después a la misma hora y él seguía en el mismo rincón, todos murmuraban que así siempre era, desaparecía semanas y luego volvía y se quedaba otro par de semanas. Le miraba, observó que lo hacía y me miró, se levantó tambaleando y se acercó, puso una mano sobre mi hombro y me dijo: qué jodes cabrón ¿sigues resentido

por rechazarte tu pomito? Ya no seas cojudo, borracho estaba, pero me acuerdo. ¡A su salud!

EL CHORRO DE AGUA

Franklin Herrera Espinoza

*Para el Víctor Hugo
Que en su marginación
encontró su inspiración*

“El chorro” es una salida de agua en Cochabamba a lado de la carretera a sacaba cerca del servicio de caminos, es un lugar concurrido por muchas lavanderas y curiosas ya que el agua es cristalina y gratis lo único que uno tiene que hacer para lavar su ropa es ir de madrugada y conseguirse un lugar muy cercano al chorro y una buena piedra para frotar la ropa, en el lugar se pueden ver desde las lavanderas de profesión que cobran 8 Bs la docena, hasta familias completas que van a lavar las frazadas y la ropa los fines de semana y los niños que aprovechan el agua para bañarse y lavar toda la ropa incluso la que llevan puesta...

Cerca del chorro de agua hay una chichería llamada “El escondite” ahí lo conocí al Eduardo un hombre sin oficio que lo único que hacia era cuidar a su hijita de 7 años y claro, compartir los 365 días de año las chichas del escondite a las que yo también seguía con devoción cristiana.

El Eduardo tenía su esposa, La Zaida, una mujer muy trabajadora que tuvo la desgracia de quedar embarazada del Eduardo y por tal motivo tuvo que casarse y criar juntos a la wawa. Su hija se llamaba María era la adoración de ambos incluso el Eduardo la quería mucho, la Zaida decía que estaba ahorrando dinero comprarse un lotecito propio para sembrar un poco y criar gallinas para vender y darle lo mejor a la María. Ellos venían juntos todas las mañanas desde sacaba, porque ella era lavandera y tenían que llegar muy temprano al chorro. La Zaida para conseguir el mejor lugar para lavar la ropa, que claro no era de ella, y el Eduardo para abrir el escondite y comenzar su nueva jornada que más que jornada era su rutina.

Todas las mañanas se los veía pasar la carretera y llegar a su fuente de trabajo la Zaida con la wawa y el Eduardo con la ropa envuelta en una sabana cargada en la espalda. Al llegar ella ponía las ropas a un lado del chorro y comenzaba su trabajo lavando docenas y docenas de ropa, el Eduardo con la excusa del mucho frio que hacia en el lugar se llevaba a

su hija a “pasear” por los sembradíos que están cerca de ese lugar pero lo que hacia era ir a inaugurar todos los días el escondite. Don Iván el dueño del lugar decía que el Eduardo era como tener un gallo que lo despertaba todas las mañanas al canto de “*Don Iván abra... ya es hora*”

Cuando lo conocí al Eduardo ya era un hombre flojo y despreocupado que su único interés era beber el elixir del valle que hacia que la vida sea mas linda, me conto que su sueño era ponerle a la escuela a la María para que no sea una lavandera como su mama y que ella tenga un futuro mejor que el de ellos y claro que también trabaje para pagarle las chichitas diarias a las que el era tan fanático. El Eduardo cuando ya estaba muy entonado se iba del escondite a las 4:30 de la tarde, yo lo acompañaba porque el Eduardo con la excusa de que la niña esta cansada jamás le ayudaba a la Zaida a cargar toda la ropa que ella había lavado afanosamente todo el día, así que yo las hacia de cargador y de paso me ganaba unos quintos para continuar la farra en el escondite.

Llego febrero y los días de lluvia se estaban haciendo más comunes, un martes el Eduardo llego muy feliz y con ganas de festejar el cumpleaños numero 8 de su hija y por tal motivo los tragos de ese día iban a su cuenta. Mientras la María jugaba con su pelota nueva en el patio del escondite nosotros estábamos festejando como si fuéramos los cumpleañoseros a eso de la dos de la tarde ya la farra estaba muy intensa y el Eduardo se acordó que tenia una esposa entonces me invito a continuar el festejo en su casa yo que siempre respeto las invitaciones acepte de muy buena manera

Cuando llegamos al chorro este estaba se había inundado con el agua que salía de una torrentera que estaba a lado y la única que estaba lavando ropa era la Zaida le ayudamos en lo que pudimos pero nos dimos cuenta que con tantas copas encima no éramos de mucha ayuda así que la Zaida nos dejo en el chorro y ella se fue a buscar bolsas de nylon para tapar la ropa y que no se moje mas. Cuando llego con todo tipo de nylons y bolsas comenzó a embalar la ropa, la lluvia era insoportable estábamos mojados hasta el alma cuando la ropa ya estaba lista la cargamos la Zaida y yo ya que el Eduardo nunca le ayudaba en esta faena, cuando llegamos a la carretera paro un poco la lluvia y el Eduardo la puso al suelo a la María y estaban yendo a esperar el trufi a la parada para que la lluvia no les moje tanto y a la niña se le cayo su pelota nueva y se metió la carretera el Eduardo muy borracho para detenerla también se metió en la carretera la Zaida grito pero una cisterna de gas que iba santa cruz los atropello y yo solo escuchaba a la Zaida gritar como loca pero la cisterna no paro para auxiliarlos y cuando llegamos ya estaban destrozados en ese momento ella se cayo como si no quisiera levantarse jamás y su mirada cambio totalmente se fue a sentar a lado de su ropa envuelta en nylon y se puso una bolsa en la cabeza yo le fui a hablar pero ella ya no me hablaba llego la ambulancia pero ella no se levanto mas y se quedo ahí bajo la lluvia.

Pasaron los días y la Zaida seguía ahí a lado de su bolsa de ropa envuelta en nylon pero ya no hablaba ni reconocía a las personas, tiempo después me entere de que las lavanderas la quisieron ayudar pero lo único que hicieron fue botarla al otro lado de la carretera y ahora todavía la pueden ver a la Zaida a lado de sus nylons de ropa y con una bolsa en la cabeza, tal vez para que la lluvia y la ropa mojada de ese día no le recuerden su infinita tristeza.

BORRACHO NECROLÓGICO

Daniel Espejo Blanco

Leo:

“Suerte de putas y voz de monrreros, cleferos comprados por sexo y maricones acariciando la muerte. Sueños controvertidos y vidas despedazadas por un destino que no es, por una idea que subsiste. Adora la noche y desea la muerte. Inexistencia confundida con pasajera alegría. Júbilo alcanzado por el sabor del fin en la boca de una botella.”

Pienso que solo yo podía haber escrito algo así en la mesa de este antro de mala muerte, pero no recuerdo haber empuñado una punta para hacerlo; y estoy seguro de que nadie que frecuente estos rumbos podría siquiera dudar de que esto esté hecho con punta. Ni siquiera recuerdo cómo es que llegué hasta aquí ni con quién vine. Mierda, seguro estaba tan mula, que después de k'arapampear toda la noche me he venido a dormir aquí y lo peor es que creo que todavía sigo tundiqui.

No hay ninguna ventana en este local y parece que ha sido planeado, como para que nos pasemos las veinticuatro horas chupando como cojudos sin darnos cuenta de la hora en que amanece o cuándo el sol comienza a esconderse detrás de las montañas para dar paso a mi novia, la noche. Las mesas están cubiertas de borrachos totalmente al dope y la cholita de enfrente parece haber pasado una turbulenta trashedada porque ahora se halla descansando descompuesta sobre las silla con las piernas abiertas grotescamente y los cabellos despeinados, como si recién se hubiera metido con el “cuello” que se ha atrevido a provocarla para echarle una apircadita ahí mismo. El contexto alcohólico y el olor a cuerpos exudando restos de placer evaporados en el mismo alcohol, crea un ambiente quizá más parecido a un alojita que a una cantina.

Todavía no me parece familiar este antro de quinta y no conozco a ninguno de estos borrachos; pese a que pensé conocer los rumbos de la noche mejor que cualquiera que conozca personalmente. Intuyo que estoy por la Garita de Lima por esa particular y

penetrante estela aromática que dejan las recoveras con tanta cosa que venden. Pero ¿este calor?, si en esta época del año, el frío deja tiritando hasta al más avezado paria habitante de las calles. Aún más extraño el hecho de que conserve toda mi ropa, los quivos siguen en mis bolsillos y hasta el celular que le había afanado al incauto que esperaba a su chotita el viernes por la mañana. ¿Qué día es hoy? Debe ser sábado. Pensándolo mejor, debe ser viernes por la noche. No, seguro es de madrugada; nunca hay tanto borracho botado el viernes por la noche.

Todavía no creo ser capaz de moverme y el calor se pone cada vez más intenso, es preferible dormir unos minutos más y cuando despierte me sentiré indudablemente mejor. Pero ¡Qué calor hace! Debo salir de aquí, o por lo menos quitarme la ropa pero me faltan las fuerzas o tal vez la voluntad de hacerlo. Es curioso, me parece reconocer a aquel polilla que está entrando como sombra al local, demasiado tarde, ya fue bruscamente echado a la calle de una patada por el dueño. Francamente no sé qué hago aquí y mucho menos qué es lo que debería pensar que pasó. De todos modos, siempre es útil hacer un recuento de los hechos. A ver, lo último que recuerdo es el bife de la cholita que solía ser mi enamorada, aunque hace meses que ni habíamos tenido la oportunidad de coger. ¿Pero cómo fue que después de tanto tiempo entablé una conversación con la Esperanza? Si mal no recuerdo estábamos con el Alberto en pleno vuelo cuando ella se cruzó por la calle, si, vino con sus reprimendas de que cuándo voy a cambiar, que ella me quería, que su mamá todavía estaba esperando servirme ese platito paceño en el Merlan y no sé qué otras cosas. Si su familia solo me quería porque una vez le he dicho que me gusta escribir y que pronto publicaría un libro que ellas verían a la vuelta de la esquina.

Pero fuera de broma, de verdad es linda la Esperanza, si todos los sonsos que la miraban se encendían en lujuria al verla menear sus polleras dejando a la imaginación las curvas que la naturaleza le había prodigiosamente regalado, y su carita, nada que envidiar a las copetudas que de vez en cuando se paseaban por los pasillos del mercado. Si aún me acuerdo de la primera vez que la hice mía, no podía pensar que era una cabalgada como cualquiera; ella era demasiado para mí, una cholita de casa “bien criadita” que había podido llegar virgen a los quince cuando en nuestro medio eso era demasiado raro. Cualquier boca habría disfrutado como yo de su virginidad, hasta entonces yo no había probado nada tan succulento como los nervios de la niña que yo mágicamente convertía en mujer; recuerdo esos inmerecidos senos sobre mí y el aroma de su vientre desnudo y yo que no dejaba de jurar por todos los santos que me casaría con ella a pesar del miedo que me ocasionaba tocar algo tan puro y limpio como su cuerpo, me sentía como un libidinoso pecador que osaba tocar impúdicamente a la misma Virgen del Carmen. Me causa gracia que yo decidiera dejar de beber y juntarme con los artilleros que me atrevía a llamar amigos, solamente por ella.

Ayer la mande a la mierda, resultó que yo amaba más mis vicios que los momentos con ella. Ya debieron pasar unos cuatro meses desde la última vez que nos juntamos para “hacer el amor”, como ella solía llamar al jineteo. Jamás había carajeado tanto a alguien en mi vida si bien no recuerdo todo lo que hablamos. Ella decía que hace casi cuatro meses que ya no la visitaba Andrés, que no había tirado con otro hombre que no fuera yo y no sé que otras boludeces que ni en pedo le creería porque la he visto con su nuevo macho, un cuate que estaba en las mismas que yo hace unos diez años. También era cuate de la zona pero no tan borracho como el resto de nosotros; él, como todos, sabía que yo era pico caliente y nunca me negaba si se trataba de unos drinks.

El chico era monrrero y uno bastante bueno en lo que hacía, nadie sabía de dónde sacaba la plata –excepto nosotros, claro está- pero siempre se las daba para invitarnos una cuantas copitas a los menos afortunados. Y unas horas después de la Esperanza, éste apareció y me contó que todo había salido bien en la casa de no sé qué diputado hijodep y estaba forrado en biyuyo, no me acuerdo bien del resto de sus palabras porque yo ya estaba bien k’oleado para entonces. Creo que fue él quien me trajo hasta aquí, pero no estoy seguro.

De todos modos, parece que todos tenían razón menos yo, porque mientras sigo recordando lo pasado antes de que llegase aquí, en vez de curarme de esta borrachera, me siento cada vez más soñoliento y el calor me quema más en el costado derecho. Parece que después de todo no estoy cerca de la Garita, debo estar cerca de algún mercado pero debe ser por Munaypata o algo así, tengo esa sensación. Ya me acordaré.

El dueño se acerca a mí pero no tengo ganas de hablarle, me sacude como trapo viejo y no reacciono como solía, por pereza; si antes alguien hubiera hecho eso conmigo, le hubieran llegado un par de queques y una revolcada en el suelo, pero no estoy con el ánimo de hacerlo. El dueño deja de joder, se pone a mirar el suelo y comienza a gritar como energúmeno. Me agacho y veo el charquito de sangre en la pata delantera de la silla en la que estoy sentado, no quiero pensar que pasó, creo que me duele el pulmón derecho. La gente se agolpa contra mí como si fuera un accidentado en la carretera La Paz – Cochabamba, no entiendo lo que dicen, todos se ven tan borrosos cual almas confundidas en el purgatorio gritándose unos a otros mientras me señalan, parece que yo ya pague mis penas.

Solo me gustaría un soldadito más.

IN MEMORIAM

Jorge Alaniz León

El Mono vomitó toda la noche, mi borrachera me obligó a dormir a su lado, al despertar sentí la espalda mojada y un olor a bilis que salía de la boca de mi amigo.

En unos minutos todos mis camaradas se habían amontonado alrededor suyo para verificar su estado, al notar que había fallecido las lágrimas empezaron a brotar, yo no sabía si limpiarme la espalda primero o unirme al coro de llorones, pudieron más los recuerdos vividos con mi amigo Mono y en unos minutos formaba parte del grupo doliente.

El difunto era de los más jóvenes de nuestra tribu, una decepción amorosa fue su perdición, ya que lo había enviado a los peores lugares de la llajta para ahogarse en alcoholes y mujerzuelas que ofrecían calmar su dolor. Cuando todavía tenía plata se dio el lujo de visitar buenos lugares, llorar en hombros finos e incluso gastarse en moteles de la Blanco Galindo, eso lo presumía delante de todos, no faltó uno que le partió la cara por alzado, narrando su pasado que estaba tan lejano al verlo llorando cuando se le acabó la plata, bebiendo en bolsas de plástico, mezclando su trago con refresco de mokonchinchí, o una linaza de un boliviano.

Su amada y culpable de sus desgracias se llamaba Alicia, aunque con el trago encima, el Mono la llamaba “Desgraciada”, “Mal parida”, “Hija de puta” y demás insultos de los que luego se arrepentía al sacar una foto suya y ponerse a llorar mirándola.

Pero ahora el Mono es un bulto en medio de todos nosotros, la Chola, una mujer mal llamada así a pesar de no llevar polleras es la primera en animarse a encenderle unas velas, todos sabemos que avisar a la policía sería ganarnos unas cuantas noches en las

“Islas Canarias” hasta que alguno se anime a dar datos sobre su muerte, así que mejor velarlo nosotros mismos, sin nada de fiesta.

Como todos aprendimos desde changos que el trago es el mejor remedio para curar el dolor, le sometemos jodido a las botellas que sobraron de la noche anterior.

Con unas llantas y un pedazo de calamina armamos el catafalco donde descansa el cuerpo del finado, luego de una hora las velas fueron aumentando gracias al Samuelito, el recién llegado, a quien muchas veces lo enviamos por las compras, hoy, además de velas le pedimos coquita y flores, él se las arregló para conseguir todo, su viveza seguro le hizo recorrer el mercado pidiendo alguna caridad, o al final le hizo robar flores frescas de algunas tumbas, total, el cementerio también nos sirve para satisfacer nuestras necesidades.

De rato en rato, la Chola (ahora aclaro que se le puso esa chapa por la tremenda boca que se gasta al discutir con nosotros) se dirige hacia el cuerpo para dedicarle un “Padre

Nuestro” totalmente estropeado por culpa de la frágil memoria de la doliente. A la tercera ocasión, el Abuelo que es el más jovato y por tanto el más respetado (pero no el más sapiente), se para en su delante para pedirle que deje descansar al cuerpo, enfrascándose en una discusión (típica de las que arma la Chola) que termina en un rezo grupal a insistencia de la mujer esa que se hace a la viuda, aunque todos sabemos que el frío nocturno la obliga a arrumakearse con cualquiera y si bien un día disfrutó de los brazos del Mono, pues no le compete ser la viuda ya que por derecho ella me pertenece a mí, por tener el record de noches junto a esa imilla.

Pero nada de celos éste día.

El Samuelito nos cuenta que noche anterior, el Mono había deambulado por el mercado de la 25 de Mayo en busca de comida, había estirado la mano a las hamburgueseras y a cambio le llegaron putazos de los llokallas que atienden esos puestos.

Más tarde se dirigió a la parte trasera del mercado Calatayud para esperar a las señoras que salen a vender las sobras de sus ollas no terminadas, en eso compró un ají de fideo que tenía un color verde claro, (parecido al moco que todavía le sale al Samuelito en sus días de resfrío) el Mono había preguntado por el dudoso color, pero lo había hecho luego de devorar el plato, después se había sentado unas horas en la avenida Aroma hasta terminar su trago y así, tambaleando y chocando con paredes y cleferos, se había dirigido a nuestro refugio.

Ni bien llegó empezó a vomitar.

Para medio día nos viene la idea de compartir algo de comer, pero con el antecedente de lo sucedido con el Mono, proponemos que alguno de nosotros cocine, el estado étlico de nuestras mujeres nos hace suspender la faena, dejando la tan deseada comida para la misa de los nueve días, mientras nuestras lenguas se antojan el delicioso fideos uchu típico de estos eventos.

Los Tirillos van y vienen al igual que las visitas, muchos de los alcohólicos de nuestra ciudad se enteraron de la partida de nuestro preciado amigo y se dieron una vuelta para ofrecer el pésame a los que hacíamos de familia y a manguear unos tragos claro.

Llegada la tarde recién nos damos cuenta que no negociamos el “Hueco”, donde descansaría nuestro amigo, por lo que el Abuelo llama a reunión y entre nuestra buena cañada y unas cuantas lágrimas, decidimos enterrarlo al borde de la Coronilla, seguramente tendremos que pelear con los cleferos que se creen dueños de la zona, pero luego de ofrecerles una pequeña recaudación para sus clefas, ellos aceptarán sin ningún inconveniente.

Reunimos unos cuantos trapos para envolverlo, le damos una última bañada y antes de meterlo al “Hueco”, hacemos un rezo dirigido por el Abuelo. La supuesta viuda emite el

peor de sus chillidos cuando decimos el “Amen” y mi espalda chilla también cuando empezamos a cavar el “Hueco”.

Una vez bien abierta la tierra, nos sorteamos entre todos para ver quien recibiría el cuerpo ahí abajo y acomodarlo de manera decente, el “Samuelito” sale ganador y antes de que se haga K’ellis, lo metemos a empujones acomodando el cuerpo como si fuese algo muy sagrado para nosotros.

La paleada de tierra es fácil, y aunque la viuda parece tener el dolor más grande del mundo por la partida de nuestro amigo, pues ni una cargada de tierra pone, se la pasa bebiendo el trago que habíamos preparado especialmente para este momento, convirtiéndose en una “Manguera” en vez de ser una “Respetable viuda”. Además, notamos que rápidamente se consuela en el hombro de un Gil que se ha colado al entierro, pudieron más sus ganas que el recuerdo que dejó el Mono.

Dejamos el cuerpo sin flores ni velas, no podemos dejar rastro de su entierro. No falta algún curioso que de lejos mira nuestra faena, los cogotos y choros nunca faltan en estos lares.

Enterramos al Mono como si fuese un perro atropellado,

Al volver a nuestro refugio surge en mi cabeza la idea de mi entierro, hace dos años le había confesado al Topo (mi carnal de ese entonces) que mi último deseo (y dicho en vida) era que me quemaran en una de las fogatas que se arma a media noche para esquivar el frío, él se había burlado diciendo que mis asquerosas tripas harían apestar toda la zona, a lo que respondí con un sopapo y con una pregunta que lo dejó pensativo: ¿Prefieres que muera sólo tu nariz o tu cuerpo entero por el frío?

También pediría que quemaran los cuadernos y textos que llevo bajo el brazo, si a mí no me sirvieron en vida, de muerto serían un simple adorno para algún basurero, o serían usados para limpiar los potos de estos ak’a wisas, así que mejor irme con todo lo que tengo escrito.

Ya en la noche, todos recordamos al Mono como un gran amigo, recordamos el día que se acercó a nosotros y las veces que lloraba por su amada Alicia, su desgraciada, la hija de puta que como muchas nos envían a este lugar, y que si algún día por desgracia nos cruzamos con ellas, doblan la cabeza hacia otro lado, abandonándonos por segunda vez en una misma vida.

Antes de quedar dormidos, volvemos a rezar en grupo, pero esta vez pidiéndole al Averno que descomponga el cuerpo de nuestro amigo lo más antes posible, ya que si los policías o algún curioso llegara a encontrar el cuerpo, arrestaría a todo mal viviente de la zona hasta hacerles cantar alguna pista sobre el cuerpo de nuestro cumpa, de todas formas, ese ya no es nuestro problema, porque mañana mismo nos iremos de este lugar, hasta que el

recuerdo del Mono se desvanezca u otro de nosotros parta de este mundo.

¡Salud por el Mono!

ALLÁ DONDE LOS JAILONES HACEN SU FELICIDAD

Daniel Averanga

Dedicado a Flavio.

Cuando el maestro murió, no me sorprendió que la Marlene se matara con la emputante representación socrática de una cicuta hecha de un trago de alcohol de quemar, mezclado con raticida de dos pesitos. Se había obsesionado con aquel ser que escribía muriendo y que viviendo murió, y vivió por siempre al dejarla sola con la materia con la que sus sueños (y sólo sus sueños) podían ser negros. Destrozados. Sin ilusión. Eso sí. Creados por aquél que nunca correspondió, porque nunca fue amado.

La Marlene lo había conocido un buen día de Todos Santos. Era la fecha indicada para elegir destino, y por ello, la Marlene decidió meterse en el mercado de las niñas felices, porque tenía con qué defenderse: su inocencia (por no decir su escape bien inflado) era la materia prima para ganarse el pancito tan anhelado.

Ricos empresarios de gabardinas negras la alquilaban. Aun el famoso diputado de diez, como lo llamaban los sicarios de la zona rosa, era uno de sus clientes más fieles, buscando en ella el amor perdido de cuando era sólo un adolescente cartucho.

Recuerdo verla cerca del maestro, con la mirada brillante que siempre me tenté a robar, pero ella nunca se interesó en nadie más que en él, que caminaba con su cuadernito de colegial, con ojitos de experiencia, seguido de k'épiris y extraños amigos, como el Emersoncito o el Lompillo, en medio de oscuras lunas y valeses peruanos.

Por eso creo que la Marlene optó por seguirlo hasta podrirse de amor, como ahora debe de estar, pero de gusanos, nada más.

No hay nada romántico en morirse, ¿no es cierto?

Ella nunca tuvo oportunidad de mantener una relación con el maestro. Él decía que era toda una cojudeza por parte de cualquier mujer, el pensar en él como un candidato seguro para formar *algo*, y cuando éste murió, ella prefirió la agonía de sus entrañas, antes de vivir

atestada de gentes huecas y coches brillantes.

Se diría que La Marlene prefería el semen del prójimo, mezclado al veneno de los pobres, antes de sentir los días soleados sin la presencia o la ausencia viva del maestro.

Pero, señores lectores, eso no es tan sorprendente, comparado con el caso del tipo que estuvo en su entierro (el de La Marlene, para los lectores medio cojudos, por si acaso): atiborrado de perfumes franceses, una camisa italiana y pantalones de fino acabado, mojando su bufanda de primera calidad de lágrimas ocultas por la mujer divina (culo infernal, labios tiernos y chupadores de todas las cosas esféricas de carne, además de los dedos) que la Marlene había sido para él. Negro día para ver a un jailón que casi se hace seguidor del maestro por estar más cerca de la mujer de brillantes ojos que inspiraban frío, cada vez que se los veía... así, así el jailón veía el cuerpo, envuelto de tablas de madera, hundirse en el abismo de los hermanos gusanos, puesto que el día del entierro de La Marlene sólo habían asistido algunos borrachines tristes (menudo lío de adjetivos: ¿acaso no hay borrachos felices, como el maestro?), las otras putas no se presentaron porque el trabajo, y las vergas pacañas, no perdonaban ni una.

Ese tipejo, con zapatos finos y cabello engominado, nunca más andaría por la zona rosa, porque su felicidad había sido ella: soportando ser un modelo de persona con su familia, por ella; aguantando a sus hijos hasta el sábado de costumbre, por ella; tirando a su esposa sólo a lo misionerito, por ella; porque si la vergüenza no hubiese picado su máscara de jailón, la hubiera sacado a La Marlene del charco, y sin embargo, su cobardía de abismos superficiales le paralizó, hasta el día de verla oculta en el cajón que compró mediante la Rosa, meretriz antigua que recibió la donación con una gratitud enorme y una mamada de semen de cambio.

Ahora, como el autodidacto de Sartre, este tipo pasará las tardes de agonía, sin poder entrar a la biblioteca de sus placeres, ni verla los sábados ensimismada en los libros del maestro, tierna como las resacas de amor, inmensa como sus ojos que congelaban, eterna, a pesar de la muerte que la transformó.

La Marlene no existe, no me sorprende, pero me duele mucho saber que el Víctor Hugo, el maestro, ya no esté, me duele en el alma; me da pena, por otro lado, el jailón que agoniza en su mundo de niños bonitos y sábados de buffet; lo sé a fondo, señores lectores, sean cojudos o no, ¡cómo no lo voy a saber!, porque ese ser oculto de las calles del pasado y del cementerio de Villa Ingenio, miedoso por ser visto dejando flores a la Marlene, soy yo.

Yerba Mala **CARTONERA**

Ediciones Yerba Mala Cartonera

Para no desesperar en las trancaderas, para dejar pasar las propagandas de la TV, para aguantar las marchas, para caminar subidas sin darse cuenta, para bailar al ritmo de la cumbia del minibús o para cuando tengas simplemente ganas de leer. Un libro cartonero, casero, tu mejor cómplice.

Otros títulos:

Crispín Portugal, *Almha, la vengadora*
Gabriel Pantoja, *Plenilunio*
Juan Pablo Piñeiro, *El bolero triunfal de Sara*
Jessica Freudenthal, *Poemas ocultos*
Beto Cáceres, *Línea 257*
Darío Manuel Luna, *Khari-khari*
Gabriel Llanos, *De muertos y muy vivos*
Santiago Roncagliolo, *El arte nazi*
Fernando Iwasaki, *Mi poncho es un kimono flamenco*
Nicolás Recoaro, *27.182.414*
Marco Montellano, *Narciso tiene tos*
Vicky Aillón, *Liberalia*
Banesa Morales, *Memorias de una samaritana*
Washington Cucurto, *Mi ticki cumbiantera*
Crispín Portugal, *!Cago pues!*
Nelson Vanm Jaliri, *Los poemas de mi hermanito*
Gabriel Llanos, *Sobre muertos y muy vivos*
Gabriel Pantoja, *Plenilunio*
Roberto Oropeza, *Invisible Natural*
Premio de concurso breve Óscar Cerruto, UMSA